

sultaría en una tragedia. Además, es la única mujer con la que puedo conversar de literatura y, repito, sería una tragedia perderla.

Ella es italiana, delgada, con una gran sonrisa y de un cabello exquisitamente único. Tiene un encanto muy particular. Me gusta escucharla hablar. Habla con tanta delicia que me pasaría horas oyéndola, pero no puedo darme ese gusto porque también necesito hablar, porque si no digo palabra alguna corro el riesgo de quedarme mudo y consecuentemente absurdo. Es de las pocas personas con las que converso. La voz de las francesas e italianas son melodía para mis oídos. Excepto la voz de mi compañera, la señorita Georgette Marie, muy francesa y muy revolucionaria. Al volverse contestataria y, dice ella, revolucionaria verde (no sé qué significa eso, aunque tengo una leve sospecha sobre el tema), he empezado a odiarla y quiero alejarla de mis oídos porque no me hace bien y eso empeora mi amigdalitis, que por estos días me tiene nuevamente a la mala.

ELLA

Angie Michelle Muñoz Castilla

Miré el reloj. Ya marcaba las cuatro. Me parecía extraña su tardanza. Mayormente era puntual en todo, pero justo cuando empezaba a sacar conclusiones, un fuerte portazo en la cochera me comprobó que estaba equivocada.

Compartíamos tanto tiempo juntas, pero al mirarla a los ojos jamás sentía ningún vínculo, a veces me preguntaba si en verdad era la persona que me había traído al mundo y cargado por nueve meses.

—¿Es que acaso tú no haces otra cosa que preocuparte por tus estudios? ¿No ves cómo está la casa? ¿No puedes apoyar en algo? —dijo.

—Está bien, ma, pero es que creí que solo te importaba que sea una profesional de 'súper mega' éxito y el dinero, ¿no? ¿Por qué te preocupas por estupideces? Para eso hay empleada.

—¡Ah! Claro, itu padre! Él tiene toda la culpa. Ese, con tal de que no grite, gasta todo el dinero que quiere. Primero, compra...

¿Ya para qué seguir? Lo que ella decía no tenía fin, lo repetía una y otra vez cuando peleábamos. Y mi papá era como un robot que la servía solo a ella. Decía algo y él tenía que hacerlo, a pesar de que no le gustara. Aún no estaba muy segura de cómo funcionaba su relación. ¿Cómo es que llegaron a casarse? ¿Alguna vez se amaron? Muchos matrimonios solo siguen por costumbre, por monotonía, porque afrontar que tienen un problema es más complicado. Así que deciden fingir ser una 'pareja feliz'.

Adrián, mi padre, es completamente su opuesto. Siempre trata de consentirnos con las furtivas salidas, nos compra todo lo que pedimos. Sé que es su forma de disculparse por ser incapaz de hacer algo, aunque un día su respuesta fue peculiar.

Era una tarde de invierno, pero a los tres nos encantaba ir a playa. El lugar siempre estaba tan vacío que era como nuestro pequeño escape esperando por nosotros.

—Vamos. Ya tenemos nuestras espadas, ¡juguemos! —mencionó mi hermano muy emocionado.

—En un rato, ve yendo.

—Solo los tres, ilos tres mosqueteros!
—No recordaba cuándo había decidido llamarnos así, pero me agradaba. La arena mojada en mis pies empezó a incomodarme y de improviso pregunté.

—Papá, ¿por qué lo haces?

—No te entiendo, querida.

—¿Por qué sigues con ella?

—Solo... quiero que nadie sea infeliz. Tu madre nos ama... a su manera. — Nunca entendí su respuesta. ¿Amar? Dos sílabas a las que no les encuentro sentido ni lugar en una familia.

Como una hija tampoco podía hacer mucho, solo contaba los días para largarme de esa casa donde ella lo escogía todo. Desde lo que tenía que comer hasta lo que tenía que estudiar. Solo que en esta ecuación falta, aún, una variable: mi hermano. Hace catorce años, cuando ella nos dio la noticia, no supe si alegrarme porque ya no estaría sola aquí o decirle que lo mejor, para todos, sería abortar. Desde pequeño, fue al único al que amé y siempre me dolía ver cómo lo maltrataba.

—¡Oye! ¿Me estás escuchando? —su voz cortó mis pensamientos—. Puta madre, para una hija como tú mejor me compro un gato. ¿Por qué me tendrás que haber salido así? ¡Niña del demonio! —No importaba que tenga 18 o 21 años, ella nunca me vería como algo más que una niña—. Y ahora ¿a dónde estás yendo?

—A mi cuarto. —Porque tan solo ver su cara me aburría—. Tengo que presentar un trabajo para mañana.

No sé si habrá seguido hablando, pero tirarme en mi cama, mientras me masturbaba, era lo que me relajaba. Siempre era así y con el tiempo uno llega a acostumbrarse.

Habían pasado algunas horas. Me di cuenta de que mi hermano había llegado hace mucho, pero lo que me sorprendió, en particular, fue escuchar el llanto de una mujer. ¿Ella estaba llorando? ¿Era acaso posible? Esa mujer no se inmutaba. Siendo su hija una se da cuenta de diferentes cosas, como de su recia insensibilidad hacia todo lo que se le presentaba. No importaba si era su esposo, su hijo o tan solo el vecino, ella había dicho que llorar era una muestra de cobardía y solo las personas débiles mostraban sus lágrimas ante los demás. Inmediatamente, bajé las escaleras. Mi hermano nunca supo defenderse, porque pensaba que ella solo hacía las cosas por nuestro bien. Intentaba entenderlo, pero llegaba a la conclusión de que hay una leve diferencia entre lo que está bien y la locura. Nunca tuvimos televisión en casa, pensaba que nos influenciaba a decir malas palabras. En cambio, nos obligaba a leer la Biblia todos los días y la única computadora que había contaba con miles de restricciones (control parental por violencia y material heurístico).

—Mami, por favor, escúchame —dijo la temerosa voz de mi hermano, devolviéndome a la realidad.

No importó lo que él tenía que decir. Las palabras sobaban. A ella la vi con el maquillaje barato corrido por toda la cara. Seguía llorando y sujetaba una correa de mi padre en la mano. Mi hermano tenía la espalda descubierta porque se le había roto el polo. Prácticamente todo su rostro y la región dorsal se encontraban desolladas. Nunca podré verlo de la misma manera después de esto. Tan vulnerable, rogando de dolor y escondiendo las lágrimas. Su piel

estaba parcialmente abierta. Creo poder haber visto debajo de esas profundas heridas cómo los glóbulos rojos se peleaban por salir. Cómo la sangre iba manchando el piso y ninguna parte de mi cuerpo sabía exactamente qué hacer. La vez pasada ella tiró sal en los cortes de mi hermano y yo no hice nada para evitarlo. Todavía recuerdo esa voz de niño llorando por su papi y pidiendo ayuda. Una cosa eran los insultos y la baja autoestima que causaban, pero ahora el abuso también era físico.

Un papá es muy importante y en esta situación él es la razón por la que ella siempre se sale con la suya. Porque dañaría su salud psicológica que sea su hija la responsable de su esposa. Él hace todo para hacerla feliz, sacrifica mucho para que obtenga lo que desea y jamás resultaba recompensado. Pero esta vez era distinto. Hace ocho años ella hizo una única promesa. Jamás nos volvería a tocar. Y las promesas que me hacen se tienen que cumplir.

—Oye, escucha. No tiene la culpa. Ella solo —está mal. Eso era lo que quería decir y no se atrevió.

—¡Ah! —Fue lo único que salió de los labios que hasta ahora he temido.

Había imaginado este momento muchas otras veces, pero no sabía cuán gratificante se sentiría. La emoción no se compara con ninguna otra. Ver su sangre correr entre mis dedos me otorgó el éxtasis que necesitaba. Que deseaba. Una puñalada no fue suficiente, yo quería que ella sufriera. Una en el abdomen, otra en el brazo, en el cuello, hasta poder ver cómo de sus venas se derramaba toda esa sangre que nos había creado. Sus gritos solo aclamaban que lo siguiera haciendo. Nunca había sentido tanto poder sobre ella o sobre cualquier otra persona. Era única. Cada signo de dolor en su rostro significaba un triunfo para mí. Cada lenta palpitación que daba su corazón, signo de su agonía, era la perfección en mis oídos. Eventualmente, supe que ya no estaba, pero solo seguí por diversión, porque después de tanto tiempo me sentía libre.

Cuando la miré a los ojos, fue extraño. Creo que su mirada, por fin, cobró algún significado. Pero no importaba, ahora era otro cadáver más sin ninguna etiqueta.

OREJITAS **Brian Paredes**

Para cuando se dio cuenta ya era muy tarde: a B le gustaba S. Ella parece corresponderle; aunque, coqueta al fin y al cabo, no le deja el camino libre de complicaciones.

Por favores de la providencia (¿o serían quizás los apus?) ambos están de excursión junto a un grupo de amigos, recorriendo pueblitos cercanos a la ciudad del Cusco. Las caminatas durante el día por ceja de selva son largas y agotadoras, por lo que en las noches suelen dormir temprano luego de comer y tomar unas cervezas. Pero cuando B se acuesta no puede dormir, el desgaste físico es ignorado y piensa en S. Desea verla.

Una noche generosa en brillo lunar, de las últimas del viaje, B recuerda el aroma de S y, como de costumbre, no logra dormir. ¿Cómo hacer para acercarme y poder arrancarle siquiera un beso?, se repite. A través de la ventana observa la noche y el cielo nutrido de estrellas (escena impensable en su ciudad), observa como planeando una estrategia práctica y milagrosa, mientras sus compañeros de habitación empiezan a quedarse dormidos uno tras otro, fatigados por la jornada. Algunos emiten sonoros ronquidos, B no los percibe. Trae a su mente todas las historias y leyendas acerca de deidades incas sobre las que ha oído hablar durante la última semana. Se concentra en sus ansias por ver a S cerrando con fuerza sus ojos y puños. Siente un tirón en el cuello y, de golpe, cae preso de un sueño atroz.

Cuando B despierta aún es de noche. Sus amigos siguen lanzando ronqui-